La gran ola japonesa

Este año, las mesas de novedades españolas se han dejado inundar por el «tsunami» de la literatura nipona, de la que Haruki Murakami es solo uno de sus grandes nombres. Pero hay más

Por Andrés Ibáñez

Resulta curioso constatar que mientras en el restro del mundo los *best sellers* cuentan, por lo general, historias extrañas, macabras o alucinantes, en Japón los libros que más éxito alcanzan parecen ser aquellos que describen las menudencias de la vida doméstica. Uno de los grandes éxitos de la última literatura japonesa es, por ejemplo, *La fórmula preferida del profesor*, una maravillosa novela de Yoko Ogawa que trata de la relación de un viejo profesor de matemáticas aquejado de amnesia, su señora de la limpieza y el hijo adolescente de esta, que dio origen a un *manga*, una serie televisiva y una oleada de furor por el estudio de las matemáticas.

Amor puro

Recordemos que la novela de Haruki Murakami de más éxito en Japón es *Tokio Blues*, la más costumbrista, la más sentimental y, francamente, la más aburrida de sus novelas. Pero el éxito de *Tokio Blues* fue ampliamente superado hace unos pocos años por *Un grito de amor desde el centro del mundo*, de Kyoichi Katayama, historia de amor enormemente sentimental que dio y sesgado, por lo último de la literatura japonesa. Digamos que el éxito de *Un grito de amor desde el centro del mundo* dio lugar a una especie de movimiento en Japón (me resisto a llamarlo movimiento «literario») llamado «amor puro». «Amor puro» quería decir historias sentimentales, delicadas, llenas de ternura, protagonizadas por seres cuasi angelicales que nos hacen recordar ese resurgimiento del «amor angelical» del que habla Philippe Ariès en su *Historia de la vida privada* y que tuvo lugar en Europa a mediados del siglo XIX.

En *El año de Saeko* (Alfaguara), su nueva novela, Katayama ha querido poner algo de acíbar en su azúcar y nos cuenta una historia más compleja y turbadora, en la que una pareja de vida prodigiosamente tediosa y rutinaria (desde la perspectiva de este lector, aunque no creo que fuera esa la impresión que quería causar el autor) llena de coladas y desayunos minuciosamente descritos, ve su idilio doméstico roto cuando la hermana de la esposa le pide que haga de madre del hijo que ella no puede tener mediante inseminación artificial. El resultado es insoportable y cursi, una desesperante sucesión de vaciedades.

Diálogos muy picados

Katayama ha querido desligarse del movimiento «amor puro», mientras que Takuji Ichikawa nos cuenta que «se vio arrastrado» por él. Después de publicar sus ficciones en internet con bastante éxito, Ichikawa escribió *Separación*, que se convirtió en un *best seller*, y a continuación *Sayonara, Mio* (Alfaguara), un éxito rotundo. Se preguntarán ustedes si *Sayonara, Mio* dio también origen a un *manga*, una serie de televisión y una película. La respuesta es afirmativa. Se preguntarán también si *Sayonara, Mio* es tan ñoña y sentimental como las ficciones de Katayama. La respuesta es que probablemente lo sea todavía más.

La novela está toda constituida por diálogos muy picados y cuenta una historia de amor en que la mujer, Mio, es un fantasma. Una literatura que quiere ser tan delicada, de lectores». Y uno no sabe qué es lo que le causa más estupor, si la ingenuidad del novelista (que cree que su libro es realmente muy raro y especial) o su ignorancia del aspecto que tiene la verdadera literatura.

RYU MURAKAMI Escenarios de pesadilla, personajes extravagantes y vidas fantásticas en «Los chicos de las taquillas»

NATSUO KIRINO Macabra, negra y violenta: así es la historia que nos relata en «Grotesco», sobre el asesinato de dos prostitutas

TAKUJI ICHIKAWA Su última novela, «Sayonara, Mio», cuenta una historia de amor cuya protagonista

Pero no es para ponerse trágico, porque verdadera literatura la hay en Japón en abundancia. Por ejemplo, la nueva novela de Yoko Ogawa, *La niña que iba en hipopótamo a la escuela* (Funambulista), un maravilloso relato de amistad y aprendizaje (la protagonista es una niña que va a pasar un año con sus tíos) en el que Ogawa, una autora dotada de todas las virtudes clásicas de la ficción japonesa (elegancia, humor, delicadeza, gusto por los detalles, imaginación, capacidad evocativa), crea para nosotros un mundo de misteriosa belleza e inolvidables imágenes alrededor de una rica familia que vive en una mansión situada en los terrenos de un antiguo parque zoológico.

Cuentos tristes

Al lado de Yoko Ogawa, los relatos de la propia Banana Yoshimoto parecen desconcentrados y sin hilazón. El último libro de Yoshimoto, *Recuerdos de un callejón sin salida* (Tusquets), es, según declaración de la autora, el libro suyo que más le gusta y más le enorgullece. Se trata de una colección de cuentos tristes, incluso muy tristes, pero fíjense que está dedicada «al maestro Fujiko F. Fujio», que es el dibujante de *manga* creador de la serie *Doraemon*, que tan importante parece ser para nuestra autora.

Hay que destacar también *Paprika*, de Yasutaka Tsutsui, una enloquecida novela publicada por Atalanta dentro de su programa de recuperación de este interesantísimo autor, en quien podemos ver, quizá, el origen del lado más fantástico de Haruki Murakami, no solo por el interés de Tsutsui por la ciencia ficción, sino también por la forma en que Tsutsui, fuertemente influído por el psicoanálisis junguiano, se adentra en las profundidades de la psique para buscar el fermento de sus historias. Y esta historia, aparecida en 1993, no puede ser más interesante.

▸▸▸

doblarse en una especie de avatar llamado Paprika para penetrar en los sueños de sus pacientes. Novela, pues, de los sueños, de las profundidades de la mente, de la construcción de *onirias* artificiales, de la manipulación de la realidad. Novela loca, irreverente, llena de momentos *kiogen* (explica Fernando Iwasaki en su introducción), en que los personajes hacen cosas absurdas y se rompe completamente la lógica narrativa. Y, desde luego, diversión asegurada.

Y dos oscuros. Natsuo Kirino dio mucho que hablar con su novela *Out*, macabra, negra, violenta, y ahora nos ofrece en *Grotesco* (Emecé) un cóctel similar, aunque el ritmo de esta novela, llena de *flashbacks* y rememoraciones de la infancia, no es precisamente el del clásico *thriller*. La novela cuenta la vida de dos prostitutas, Yuriko y Kazue, que resultan (pero esto seguro que ustedes ya se lo esperaban) brutalmente asesinadas. Un estilo plano, y más que plano inexistente, donde no hay climas, ni imágenes, ni detalles, ni caracterizaciones, ni ritmo, ni prosa ninguna en ninguna de las acepciones que pueda dársele a esta palabra, y donde de una casa se nos dice, por ejemplo, que es una «casa», y de un lago que es «un lago». Y todo esto contando con que Natsuo Kirino tiene una amplia obra a sus espaldas (veintiuna novelas) y un montón de premios.

Vueltas de tuerca

Mucho mejor es «el otro Murakami», Ryu Murakami, del que también acaba de traducirse otra extensa novela, *Los chicos de las taquillas* (Escalera). Murakami (Ryu) es un escritor con evidentes lazos con la literatura posmoderna americana, y tiene una inmensa imaginación. Uno se pregunta de dónde pueden salir tantas cosas, tantos detalles, tantas imágenes, tantas vueltas de tuerca como las que llenan las páginas de su libro, que en su densidad a veces nos recuerda al estilo narrativo clásico o de los inicios (Defoe, por ejemplo), donde el narrador no pretende imitar el tempo de la realidad como Tolstói o Hemingway, sino narrar, contar, con gusto y elocuencia.

Su nueva novela se inicia con una imagen verdaderamente chocante, una mujer lamiendo el pene de un bebé, y cuenta la vida de dos huérfanos, Hashi y Kiku, abandonados por sus madres respectivas en las taquillas de una estación de tren. Escenarios de pesadilla, personajes extravagantes, vidas fantásticas. Una muchacha llamada Anémona cuya mascota es un cocodrilo de dos metros. Una zona en el centro de Tokio llamada «Toxicentro» (este es un viejo tema de los *mangas* desde *Akira*), cerrada por las autoridades y convertida en paraíso de delincuentes y drogatas.

De modo que hay de todo para todos y mucho de todo, y muy bueno donde elegir. Podríamos decir, incluso, a la vista de tanto talento, y dejando a un lado esas incursiones en el *kitsch* sentimental a que hacíamos referencia más arriba, que la

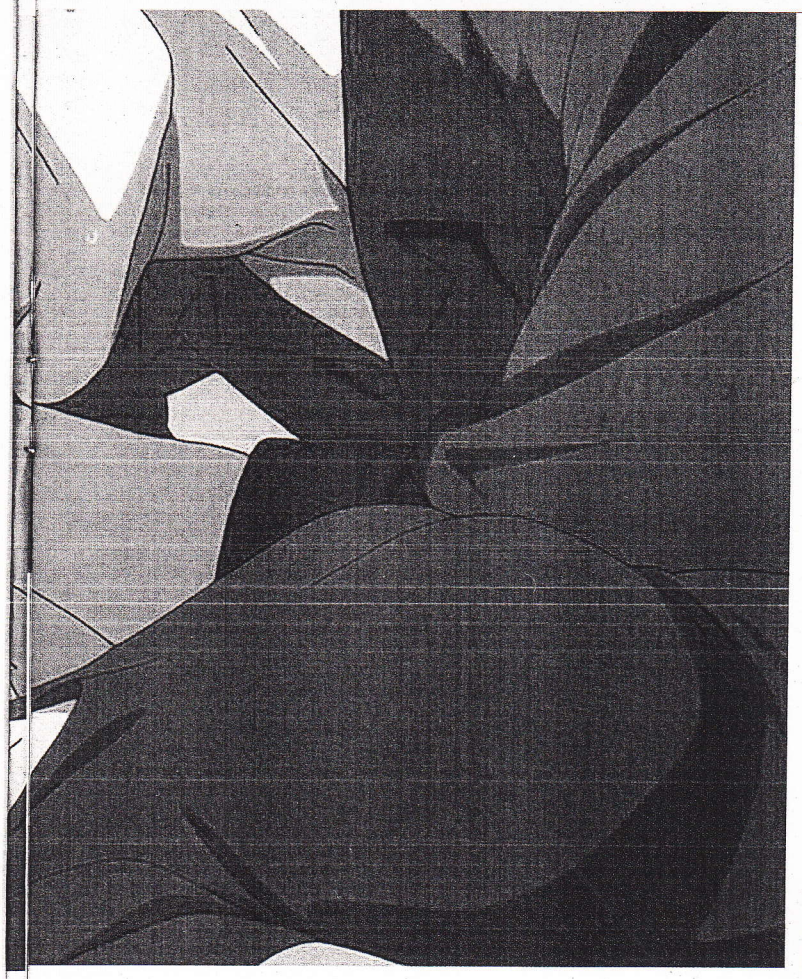
YOKO OGAWA
Elegancia, humor, delicadeza y gusto por los detalles en las páginas de «La niña que iba en hipopótamo a la escuela»

KYOICHI KATAYAMA
La protagonista de «El año de Saeko» presta su vientre al embrión de su hermana. Será el fin de su matrimonio

BANANA YOSHIMOTO
Cinco relatos sobre la tristeza, la soledad y el dolor integran «Recuerdos de un callejón sin salida»

«Me inspira el realismo mágico»

La literatura japonesa actual no se entendería sin



Directores, guionistas y dibujantes han adaptado «Paprika», de Yasutaka Tsutsui (sobre estas líneas). Arriba, a la izquierda, fotograma de la versión «anime» rodada por Satoshi Kon en 2006

Matrix, *Avatar* y *Origen* le deben bastante a Yasutaka Tsutsui; también la obra de escritores como Haruki Murakami y Banana Yoshimoto, que lo consideran su maestro. Ahora, con *Paprika*, el autor de *Hombres salmonela en el planeta Porno* y *Estoy desnudo* vuelve a desplegar su mejor arma. La ironía.

En esta novela, usted convierte a la doctora Chiba, investigadora psiquiátrica candidata al Nobel, en Paprika, un avatar que penetra en los sueños de los pacientes. Pero «Paprika» no es solo ciencia ficción.

Cuando escribo no me paro a pensar en el género, aunque es evidente que la idea original de *Paprika* se puede considerar ciencia ficción. Estoy seguro de que todos los escritores que se dedican a la ciencia ficción trascienden el género y se fijan como objetivo un aspecto filosófico o vanguardista, ya que es un género que, en su origen, incluye esos dos elementos.

¿Qué es más importante en su literatura: la ciencia ficción, la psicología, el surrealismo o la mezcla de esos tres ingredientes?

En el caso de *Paprika*, por casualidad, se veces creo que tengo que escribir libros que se aparten de los conocimientos de los que presumo; eso quiere decir que a veces debo desprenderme de mi propio yo.

La primera cena de Jonathan Harker en Transilvania fue un plato de «paprika». ¿Su protagonista se llama así en honor a «Drácula»?

No, no tiene nada que ver con *Drácula*, y sí con la camiseta roja que lleva la protagonista. El nombre lo saqué, literalmente, de la «paprika», el pimiento de color rojo intenso.

Su novela es de 1993; anterior, por tanto, a películas como «Matrix», «Avatar» y «Origen». ¿Se considera un pionero?

Aunque es verdad que fui uno de los pioneros en Japón, también lo es que en ese tiempo aprendí mucho de la ciencia ficción que se hacía en Estados Unidos en la edad de oro del género. Actualmente, suelo tener la impresión de que no pocas películas estadounidenses han tomado prestadas ideas de mis obras.

Asegura usted que apenas ha leído literatura clásica japonesa; sí, en cambio, a los autores del realismo mágico.

Es cierto que no he leído las obras clásicas haciendo se parece a la literatura latinoamericana.

«Como no tenía intención de ser escritor, no tengo ninguna formación literaria», ha admitido. De hecho, usted quería ser actor.

El estudio y la formación como actor me sirvieron a la hora de escribir novelas. Lo que pasa es que, al ser de Kansai, tenía un acento que no lograba quitarme, así que renuncié a seguir ese camino. Pero, bien mirado, creo que el estudio y la formación me fueron muy útiles en los trabajos que emprendí. Todas las experiencias que he tenido desde que nací me han servido para escribir novelas.

Combina la literatura con la crítica, el teatro, la televisión. También es músico de jazz. ¿Dónde se siente más cómodo?

Por supuesto, donde más cómodo me siento es en el mundo literario. En él no surgen las discordias propias del trabajo en común y no hay nadie que te incordie. Ahora bien, creo que esa felicidad va a provocarme una arteriosclerosis.

De usted se dice que es uno de los grandes narradores japoneses contemporáneos, que su magisterio ha dejado huella en autores como Haruki Murakami y Banana Yoshimoto. «Gurú de la metaficción», le han llamado también.

No soy yo quien acuñó esa expresión aplicada a mi persona. Si al final se fija esa forma de llamarme, habrá que trabajar activamente para desprenderse de ella. Quizá lo ideal sería que dijeran que «Yasutaka Tsutsui siempre fue fiel a Yasutaka Tsutsui».

«Hay naciones tristes y alegres. Yo preferiría que mi obra se tradujera a naciones alegres», ha dicho. ¿Qué opina de España?

Las naciones que cuentan con un alto nivel cultural y una buena literatura son todas muy afortunadas y alegres. En España, por ejemplo, nació Miguel de Cervantes, el padre de la novela moderna, y también mi amado y respetado Vicente Blasco Ibáñez. Además, es el país donde se fundó Loewe, la firma que más le gusta a mi mujer en la actualidad. Es atractivo en muchos aspectos. Realmente es un país muy alegre.

La tragedia parece empeñada en cebarse con Japón. Después del último terremoto y del desastre en la central nuclear de Fukushima, ¿sigue creyendo que la vida es una ópera bufa?

Desde hace mucho tiempo he venido diciendo que la existencia es un gran escenario cómico y que los seres humanos somos meros personajes que interpretamos una obra bufa, pero el hecho es que Japón está viviendo ahora una auténtica tragedia, aunque en cualquier tragedia hay una comedia; al menos esa es mi postura literaria. En medio de la mayor crisis que hemos sufrido en el país, los políticos, movidos por la codicia, se pelean y no piensan más que en el interés de su propio partido. Esta es, precisamente, la astracanada en estos momentos. Yo vivo en Kobe, así que he experimentado en carne propia ese tipo de catástrofe, y sé que cuanto más trágica es la situación, más feliz se siente uno al salir de ella y recuperar la

JESÚS CARLOS ÁLVAREZ CRESPO